

# PRESENTACIÓN

En el contexto de un mundo globalizado como el actual, con movimientos migratorios a gran escala y millones de desplazamientos diarios, surge una reflexión sobre el papel que han desempeñado a lo largo de la historia las distintas formas de movilidad geográfica. En el punto de mira de las Ciencias Sociales se encuentran procesos tales como la integración de los migrantes, el surgimiento de nuevas identidades culturales, el multiculturalismo, los fenómenos transnacionales o las nuevas formas de relación e identificación de los ciudadanos con los espacios territoriales de carácter estatal. Por otra parte, la toma de conciencia de todos estos procesos contemporáneos se proyecta en el pasado histórico en busca de referentes, generándose así nuevos interrogantes y perspectivas de estudio.

Migraciones, viajes y cambios temporales de residencia con distintos fines han sido siempre un poderoso motor de transformación social, y, precisamente, el mundo romano ofrece un buen ejemplo de ello. La expansión territorial de Roma comportó el desarrollo de un Estado de amplias fronteras, en cuyo interior fue posible la libre circulación de personas. El uso de esta libertad, aunque sin duda no generalizado ni igual para todo el conjunto de individuos, dinamizó las culturas locales y limitó la tendencia al inmovilismo social.

La construcción de infraestructuras de comunicación, el crecimiento de los mercados, la implantación del ejército y la administración en los distintos territorios sometidos por Roma, incluso el tejido de nuevas redes sociales y políticas entre las élites, todo ello propició una creciente movilidad de gentes desde finales de la República. Sus consecuencias fueron la difusión de cultos, costumbres e ideas, préstamos e interacciones culturales diversas, el surgimiento de nuevos flujos de comunicación e intercambios; en definitiva, el maridaje de cambios que conformará la cultura romana y que la hará reconocible a lo largo de extensos territorios.

Para poder profundizar en algunas de las cuestiones relacionadas con esta temática han sido reunidas las contribuciones de once investigadores procedentes de cinco países europeos distintos. Todos ellos se han ocupado en los últimos años de aspectos directa o indirectamente relacionados con la movilidad geográfica de las personas en época romana. Puesto que nuestro objetivo era mostrar la pluralidad de perspectivas posibles, de forma intencionada los artículos se han centrado en diferentes casos y áreas concretas del Imperio romano, abarcando, además, en su conjunto un período cronológico amplio, que va desde la época republicana hasta la Antigüedad Tardía.

En la mayoría de los trabajos, la epigrafía ha sido la principal fuente de información utilizada. Inevitablemente, su uso pone límites y condiciona en buena medida el tipo de aproximaciones históricas que pueden realizarse, resultando privilegiados los datos asociados a prácticas funerarias y religiosas. Las huellas epigráficas que dejaron estas prácticas no sólo permiten seguir la pista de los desplazamientos humanos, sino también observar los cambios que la propia movilidad geográfica motivó en dos ámbitos fundamentales de la cultura romana, como son la vivencia de la religión y la celebración de la muerte.

Por lo que se refiere a la religión, varias cuestiones abiertas al debate han sido tratadas por los distintos autores. Si la transferencia de cultos permite rastrear los movimientos migratorios, no resulta fácil determinar en qué medida aquéllos se vieron transformados y, en particular, si los fieles

que les llevaron consigo les dotaron de adicionales valores identitarios. Los ambientes coloniales de las fundaciones urbanas de época republicana, como *Aquileia*, son idóneos para vislumbrar estos procesos. Por otro lado, la transmisión de cultos extranjeros no siempre puede asociarse de forma directa a migraciones, siendo determinante la receptividad de quienes habitaban en zonas bien comunicadas, donde el tránsito de gentes y mercancías era frecuente. Esta situación se observa en Italia y, de forma general, en las zonas por donde discurrían grandes ejes viarios, como la llamada Ruta del Ámbar. Fue en estos ambientes cosmopolitas, frecuentados por comerciantes y gentes de paso, donde fueron mejor recibidos dioses nuevos o exóticos y también donde se dieron cultos dedicados a divinidades protectoras de viajeros y caminos.

Por su parte, la epigrafía funeraria aporta también una rica información sobre la movilidad geográfica en el Imperio romano, al documentar abundantes testimonios de individuos fallecidos fuera de sus ciudades de *origo*. Estos testimonios constituyen, de hecho, el principal recurso de que disponemos para conocer tanto los flujos migratorios de largo recorrido como los intercambios poblacionales entre comunidades de una determinada región o zona, sin olvidar los desplazamientos residenciales de menor alcance entre el centro urbano y el espacio rural de una misma *civitas* —frecuentes estos últimos entre los miembros de las élites que debían compaginar la vida política con los intereses económicos centrados en sus posesiones rurales—.

Particular interés tienen también, en otro orden de cosas, la repatriación de restos mortales de personas fallecidas en el extranjero y la dedicación de cenotafios. Todo ello remite a cuestiones claves que deben valorar los autores de este Dossier Monográfico, como son el sentimiento de arraigo de viajeros y migrantes, el mantenimiento de lazos de unión con la patria o el fenómeno del retorno de quienes habían vivido alejados de sus lugares de origen, tanto si eran civiles como, en especial, militares retirados.

Finalmente, las mutaciones sociales e ideológicas creadas por el cambio religioso en la Antigüedad Tardía implican para la investigación nuevos interrogantes y valoraciones sobre la movilidad geográfica. La difusión del cristianismo se asocia no sólo a cambios en las motivaciones y dirección de los viajes, sino también a la creación de nuevas alteridades. En efecto, la vivencia comunitaria de la religión fomentó el vínculo del individuo con su comunidad pastoral, y ello implicó una redefinición de la identidad de las personas asociada a la idea del origen, diluyéndose con tal función el marco cívico de la *civitas*. Por otra parte, la intolerancia religiosa, patente desde el siglo IV, provocó nuevos escenarios de violencia y segregación social, como el que afectó a las comunidades judías. Esta quiebra de la convivencia de creencias y culturas alimentará el debate recurrente sobre un conflicto muchas veces reavivado desde el final del mundo clásico: el de la migración *versus* integración no excluyente.

ALICIA RUIZ GUTIÉRREZ  
*Universidad de Cantabria - UC*